

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

GOBERNADOR

Dn. Daniel Scioli

VICEGOBERNADOR

Lic. Juan Gabriel Mariotto

DIRECTORA GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Dra. Silvina Gvirtz

VICEPRESIDENTE 1° DEL CONSEJO GENERAL

DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Prof. Daniel Lauría



Este relato forma parte del libro La Noche del Elefante. Nuestro profundo agradecimiento a Gustavo Roldán quien permitió que este maravilloso cuento esté en manos de tantos niños.

Selección de textos: María Elena Cuter y Cinthia Kuperman

Cuidado de la edición y corrección: Martín Alzueta

Diseño gráfico: Malena Cascioli

Copyright: IIPE - UNESCO 2009 / EUDEBA 2012

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Libro de edición argentina. Estos libros son distribuidos en forma gratuita en establecimientos públicos de la Provincia de Buenos Aires. Prohibida su venta.

Gustavo Roldán

La noche del elefante / Gustavo Roldán ; adaptado por María Elena Cuter y Mirta Torres ; ilustrado por Dolores Okecki. - 1a ed. - Buenos Aires : Eudeba, 2012.

24 p. : il. ; 24x16 cm.

ISBN 978-950-23-1905-6

1. Literatura Infantil. I. Cuter, María Elena, adapt. II. Torres, Mirta, adapt. III. Okecki, Dolores, ilus.

CDD 863.928 2

Fecha de catalogación: 13/01/2012

CARTA A LOS CHICOS

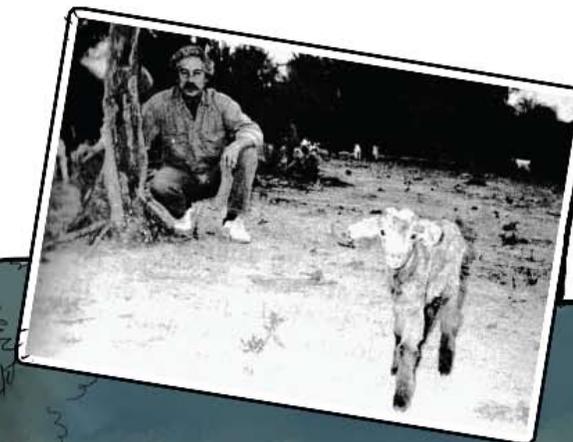
Muchos dicen que en el monte chaqueño no hay elefantes. Y un poco de razón tienen, porque antes no había. Pero ahora sí hay, después de la historia que se cuenta en este libro.

¿Qué dónde están? Ahí no más, junto al Bermejo, entre Lavalle y Vapor Quebrado.

Muchos dicen también que no es cierto, que son puros inventos de un mentiroso.

Para eso nada mejor que mostrar las pruebas, así se termina la discusión. Y qué mejor prueba que una fotografía donde aparezco yo mismo junto a un elefante, sacada en agosto de 1995, justito en la zona donde hay un vapor que dicen que se hundió cuando remontaba el Bermejo.

Bueno, me acaban de entregar las fotos recién reveladas, y se ve que los elefantes se corrieron un poco para el costado y no salieron. Pero salió un chivito. Apenas vuelva al monte, me saco otra foto con los elefantes.



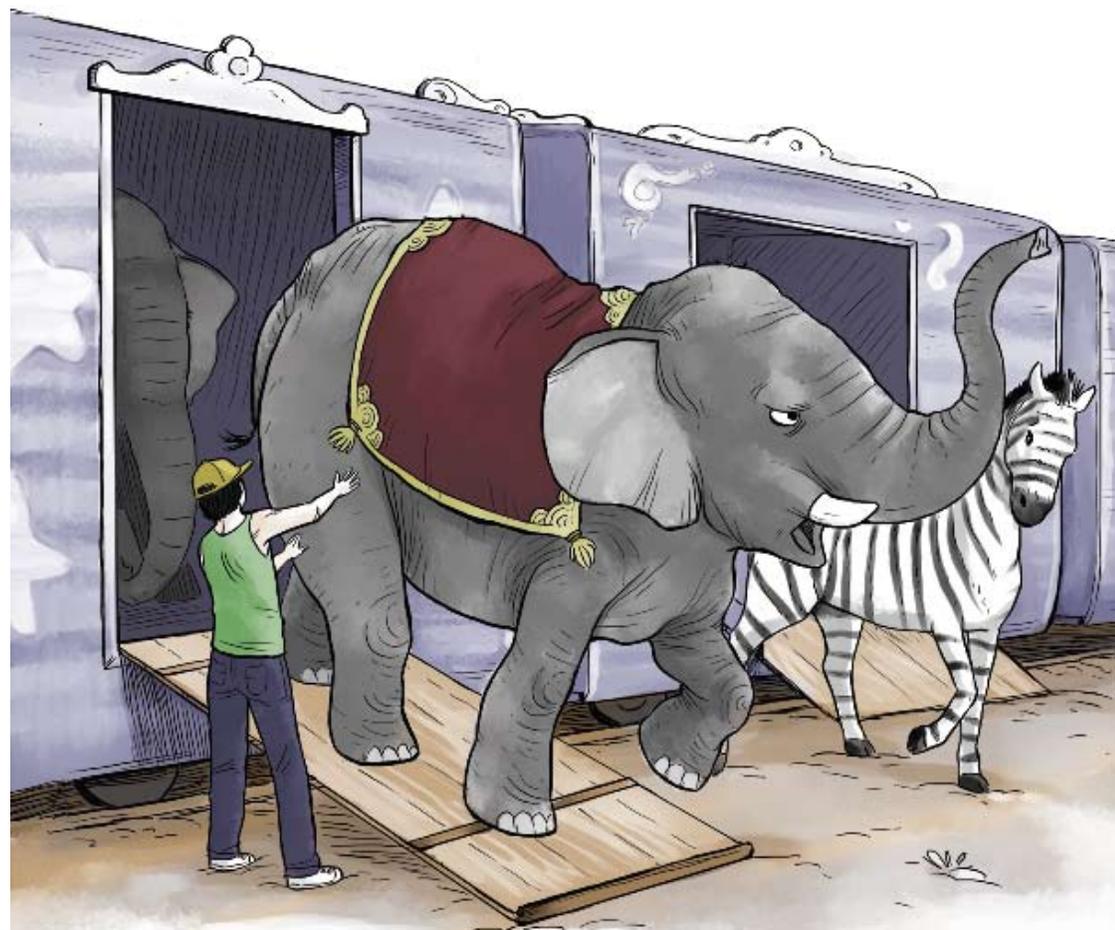
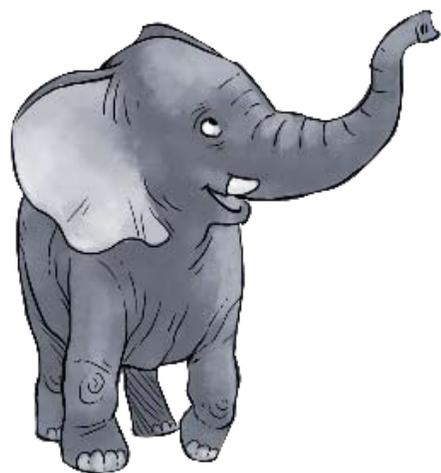
LA NOCHE DEL ELEFANTE



El circo llegó al pueblo, y con el circo llegó el elefante.

—¡Estoy podrido! —fue lo único que se le oyó decir cuando bajó del tren.

El elefante había viajado con el circo por París, Londres, Moscú, Buenos Aires, siempre por las más grandes ciudades del mundo, y ahora, cruzando el Chaco, había llegado a Sáenz Peña, que seguramente también era una de las grandes ciudades del mundo.



Ahí fue cuando dijo:

—¡Estoy podrido!

Y no habló más. Los otros animales lo miraron sorprendidos, porque no estaban acostumbrados a que anduviera protestando. Al contrario, tenía fama casi de demasiado manso. La rutina siguió. Levantaron la carpa, acomodaron las jaulas de las fieras, y prepararon un desfile por las calles para que a todo el pueblo le diera ganas de ir a ver las maravillas del circo más hermoso.

Todo marchaba sobre ruedas. O por lo menos parecía. Nadie se había dado cuenta de que el elefante andaba más trompudo que de costumbre. Nadie sabía que mientras el tren iba recorriendo los caminos del Chaco el elefante se había puesto a oler.

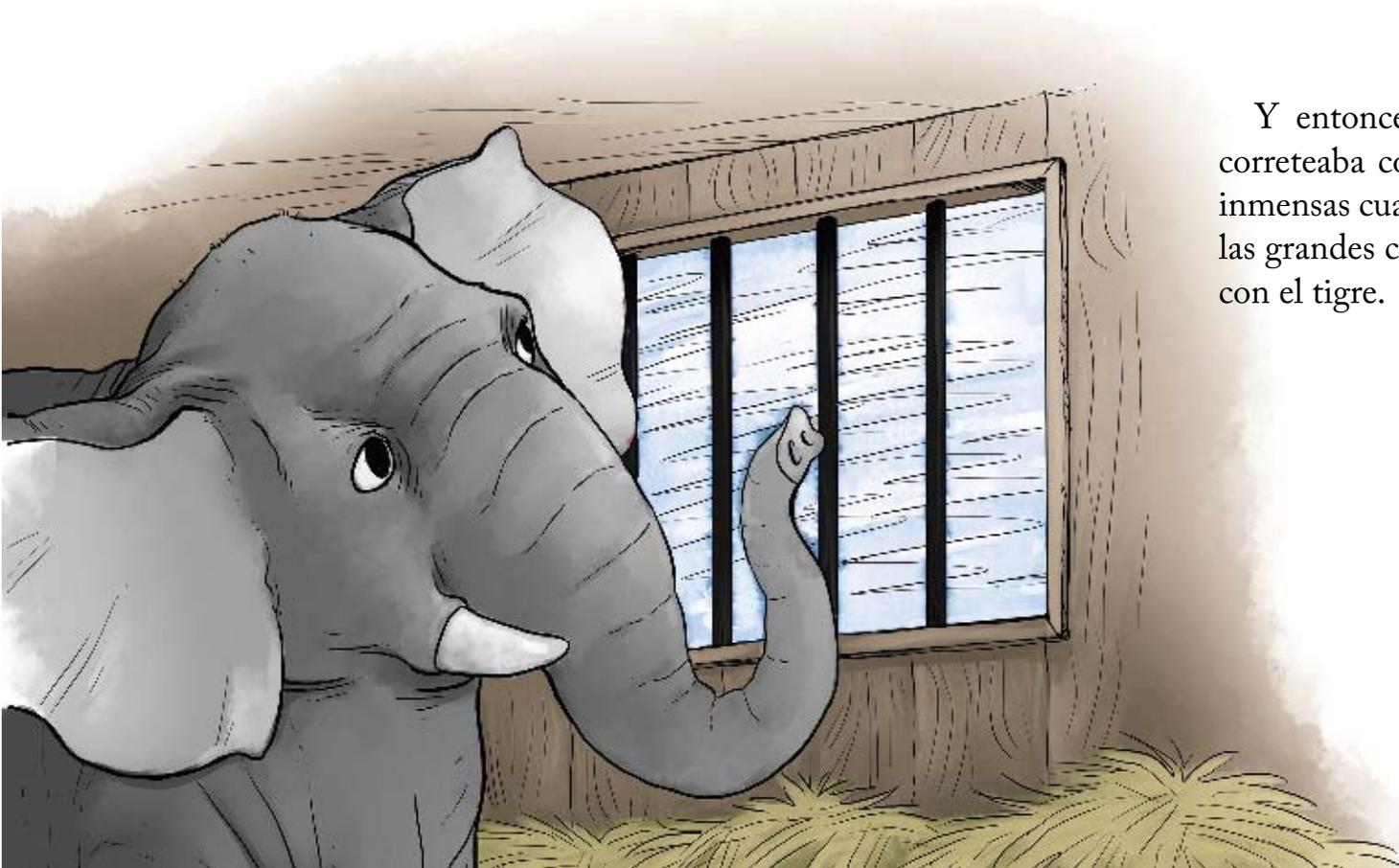


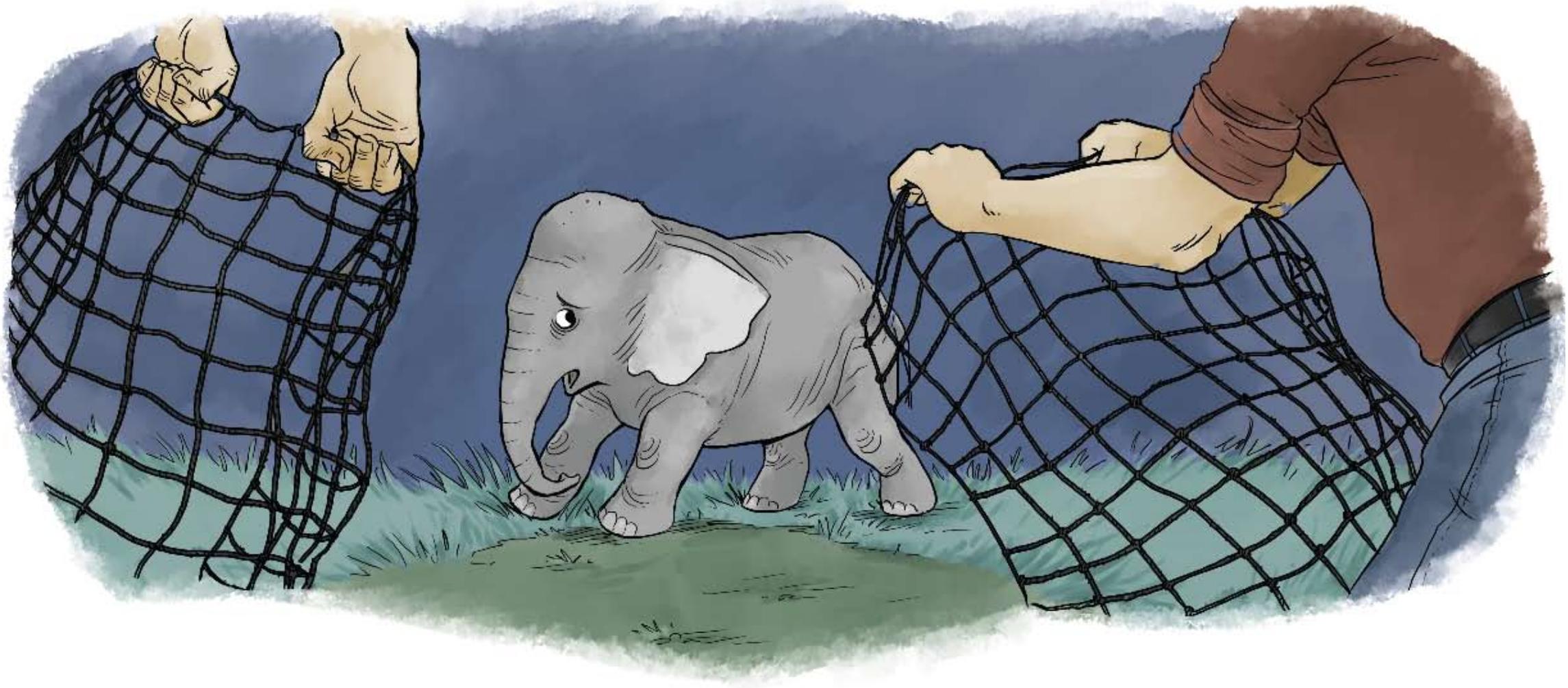
Era el olor de los árboles, era el olor de un río, era el olor de la selva. Miró por entre los barrotes de su jaula y vio miles de pájaros que volaban y se posaban en los árboles, y miró los árboles. No eran los mismos que conociera, pero eran árboles.

Tampoco los pájaros eran los mismos, pero eran pájaros. De un lugar así lo habían sacado los cazadores hacía muchos años, tantos, que ya ni sabía que se acordaba. Pero ahora de golpe, se le vino encima toda la memoria.



Y entonces se acordó de los grandes espacios por donde correteaba con la manada, se acordó del calor y de las noches inmensas cuando toda la tierra era de los elefantes. Se acordó de las grandes caminatas para buscar agua y comida y de las peleas con el tigre.





Y se acordó del miedo.

Era un elefante joven, con colmillos que comenzaban a crecer con fuerza, cuando conoció el miedo. Fue cuando llegaron los cazadores. Hasta entonces creía ser un animal más fuerte, un animal que podía matar al león con su trompa poderosa y sus colmillos. Un animal que ya había enfrentado al tigre de suaves manchas y lo había visto huir.

–¡Qué pequeños son! –pensó cuando vio a los cazadores.

Pero no sabía que tenían dardos con venenos para hacer dormir a un elefante, y que tenían jaulas de hierro capaces de aguantar toda la fuerza y el peso de su cuerpo.



Recorrió grandes ciudades, y ahora, al sentir el olor de los árboles, del bosque, al ver volar tantos pájaros, fue como un golpe, casi como el pequeño golpe que sintiera cuando un dardo se le clavó una tarde lejana porque no huyó de los cazadores.

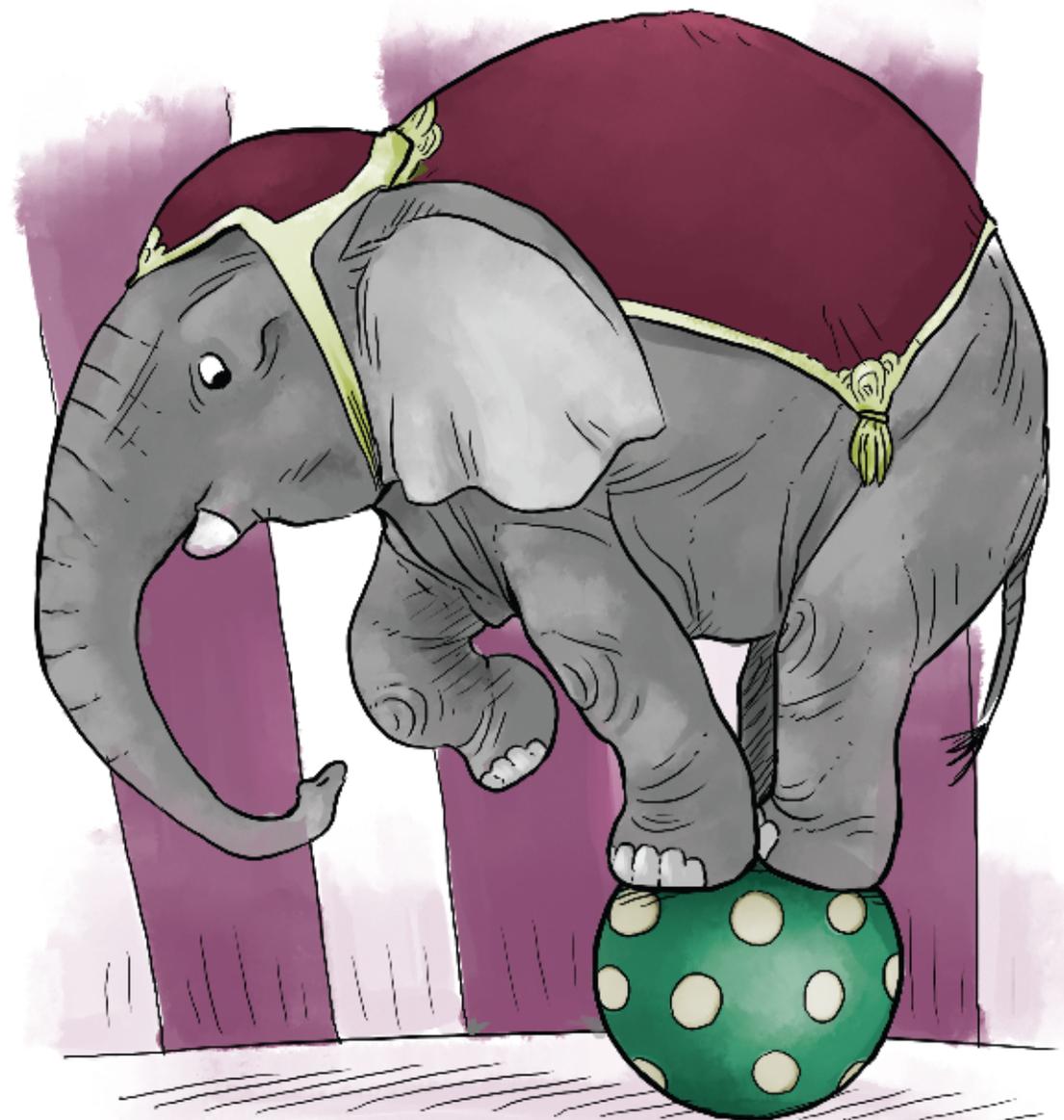
No estaba dispuesto a escapar de seres tan débiles.

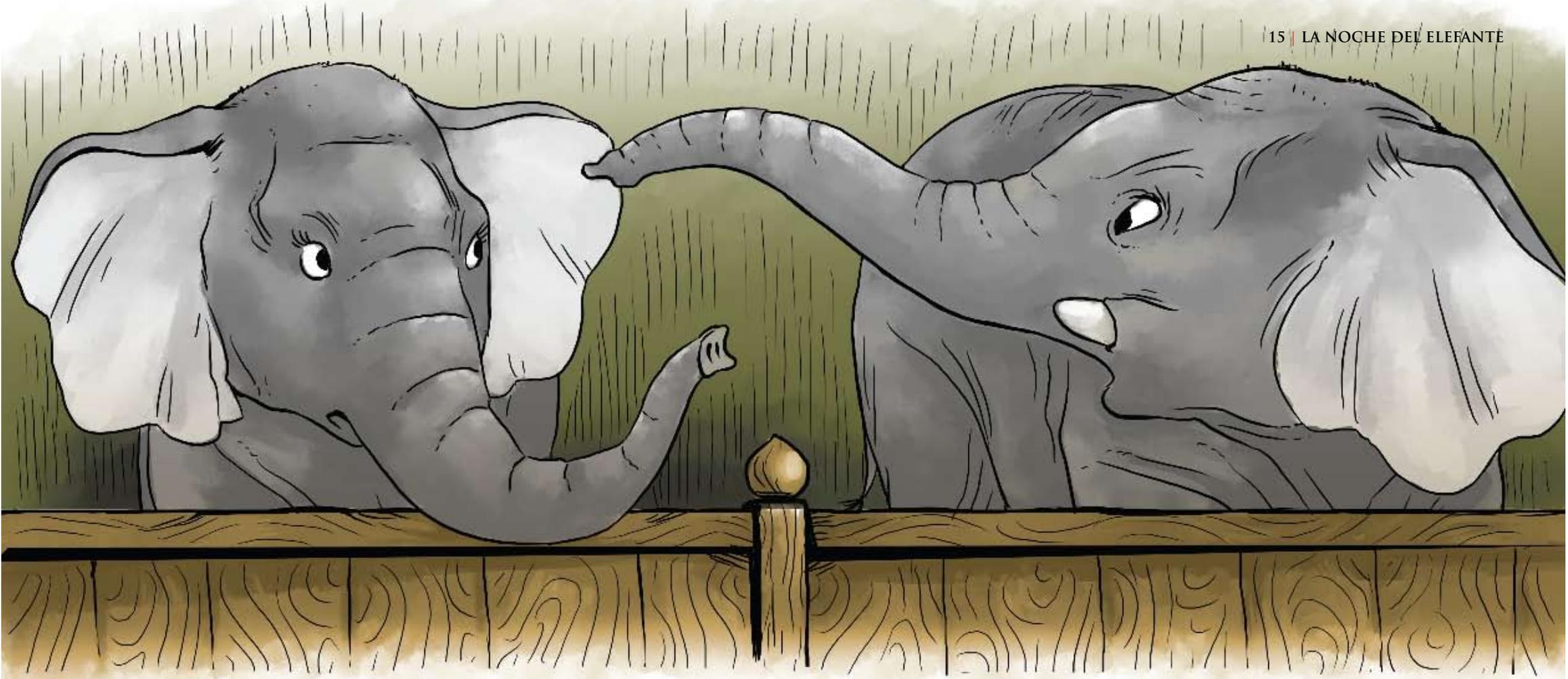
Fue así, como un pequeño golpe. Y se le vino encima toda la memoria.

Después pasó a otras manos que lo cuidaron mucho mejor. Nunca le faltó agua ni comida, pero siempre con una gruesa cadena atada a la pata. Le enseñaron pruebas y lo premiaron cada vez que aprendía a repetir las. Y cada vez que aprendía también iba aprendiendo que ahora debía vivir con los hombres.

Entonces lo llevaron al circo con otros animales y con otros elefantes. Durante muchos años siguió aprendiendo y olvidando, hasta que un día casi estuvo convencido de haber nacido en el circo y de que ése era el mundo de los elefantes.

Ya no tenía la gruesa cadena atada a la pata. Pero había otra cadena, invisible, que lo dejaba atado al lado de los hombres. Y tal vez era más difícil de romper que una cadena de hierro.





Esa noche, cansados, todos en el circo se durmieron temprano. Pero el elefante no. Despertó a la elefanta y le contó sus planes.

Ella dijo primero que no, que estaba loco, que qué iban a hacer en un mundo desconocido, que aquí nunca les faltaba comida, que todas las noches los aplaudían a rabiar, que quién sabe lo que les esperaba afuera de la carpa.

–Claro que quiero irme y ya mismo –dijo finalmente la elefanta.

–¿Qué vamos a hacer? –dudó ahora el elefante.

–No sé. Pero si allá afuera hay árboles y hay un río y hay una selva, ése es nuestro lugar.

–¡Aquí estamos seguros!

–Pero no tenemos aire libre.

–¿Entonces quieres irte?

–Elefante, ¿qué estás pensando? Este es el mejor momento para salir de aquí. Después veremos –dijo convencida la elefanta.

Y se fueron...

Caminaron sin hacer ruido, y se alejaron lentamente del circo. Siguieron por las calles dormidas de la ciudad y sin mirar atrás llegaron a los primeros árboles. Arrancaron con la trompa un manejo de hojas frescas y sintieron que eso se parecía a la felicidad.

–Ahora podemos descansar un rato –dijo la elefanta.

–No, todavía no –dijo el elefante–. Mañana van a salir a buscarnos.

–¿Nos encontrarán?

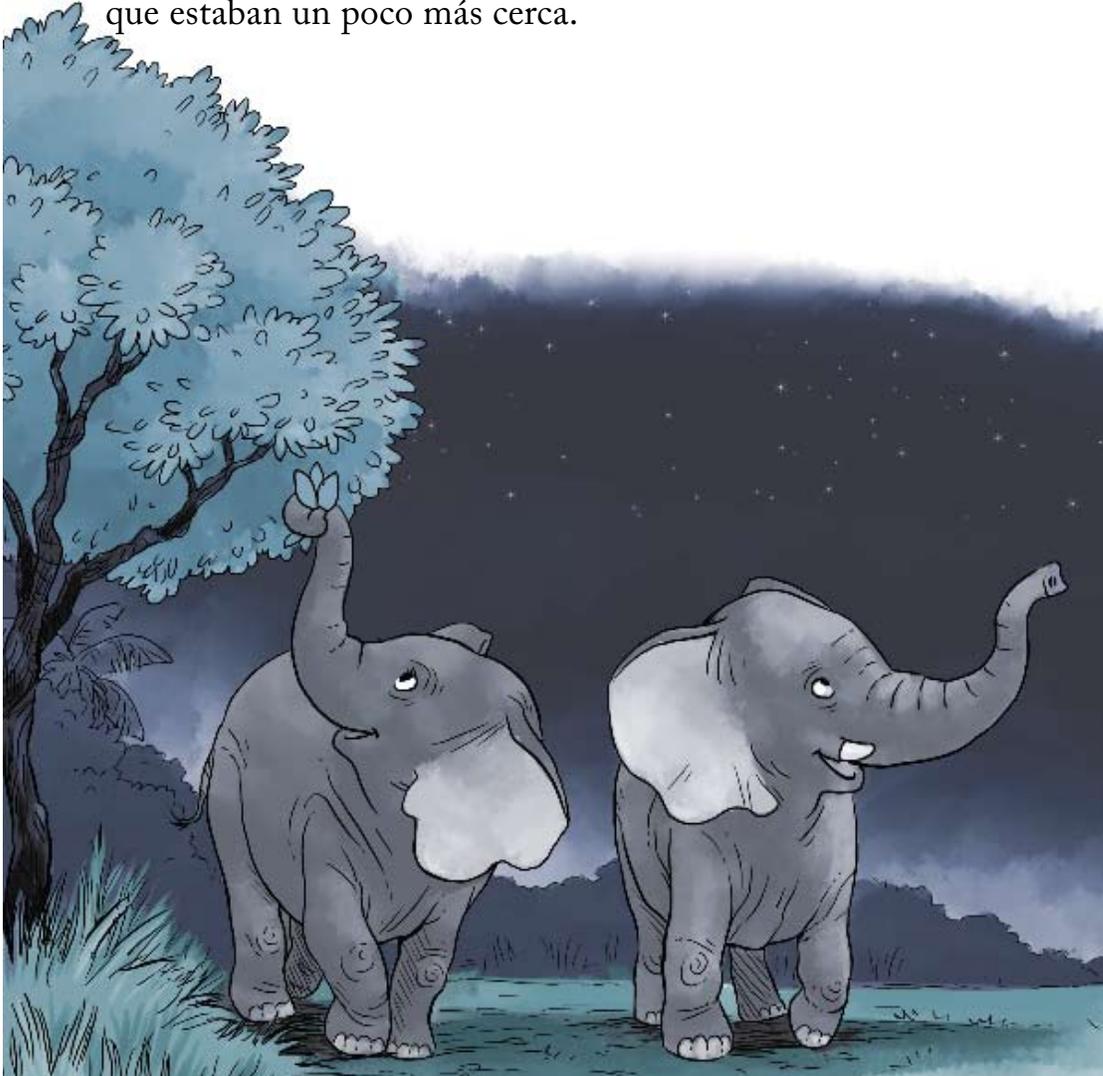
–Si nos alejamos mucho, no. Tenemos que meternos en el monte, lejos de los caminos. Nos van a buscar por los caminos.

Y se internaron en el monte, y caminaron sin descansar, abriéndose paso entre la maleza. Días y noches caminaron, encontrando cada vez más árboles y árboles cada vez más grandes.



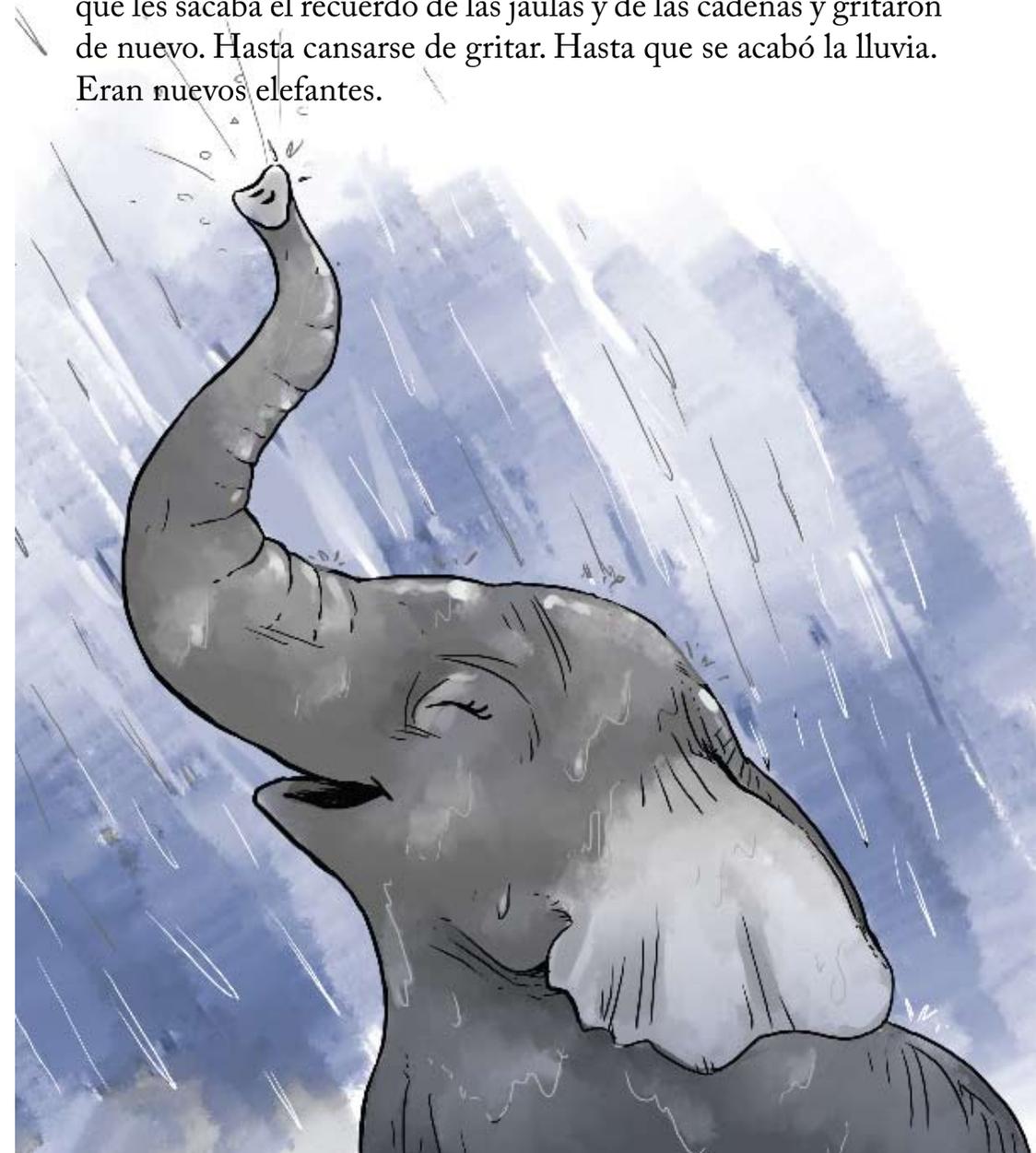
Y encontraron espacios abiertos para correr y largas noches bajo las estrellas. Descubrieron el canto de los pájaros y el sonido del viento. Vieron volar las bandadas de garzas blancas y se quedaron quietos escuchando el griterío de las cotorras. Probaron distintos pastos y las hojas de distintos árboles, y fueron descubriendo sabores dulces y amargos y fueron eligiendo, porque tenían para elegir.

En la laguna vieron rastros de toda clase de animales y jugaron echándose agua con la trompa. Y sintieron el calor del sol y la frescura de la sombra. Caminaron. Y cada noche sentían que estaban un poco más cerca.



Y vino un olor a tierra mojada y los elefantes se quedaron inmóviles, recordando. Sabían que ahora vendría una de las cosas más hermosas. Llegaría la lluvia. Esperaron la lluvia. Esperaron la lluvia con las trompas levantadas, lanzando el enorme grito de los elefantes.

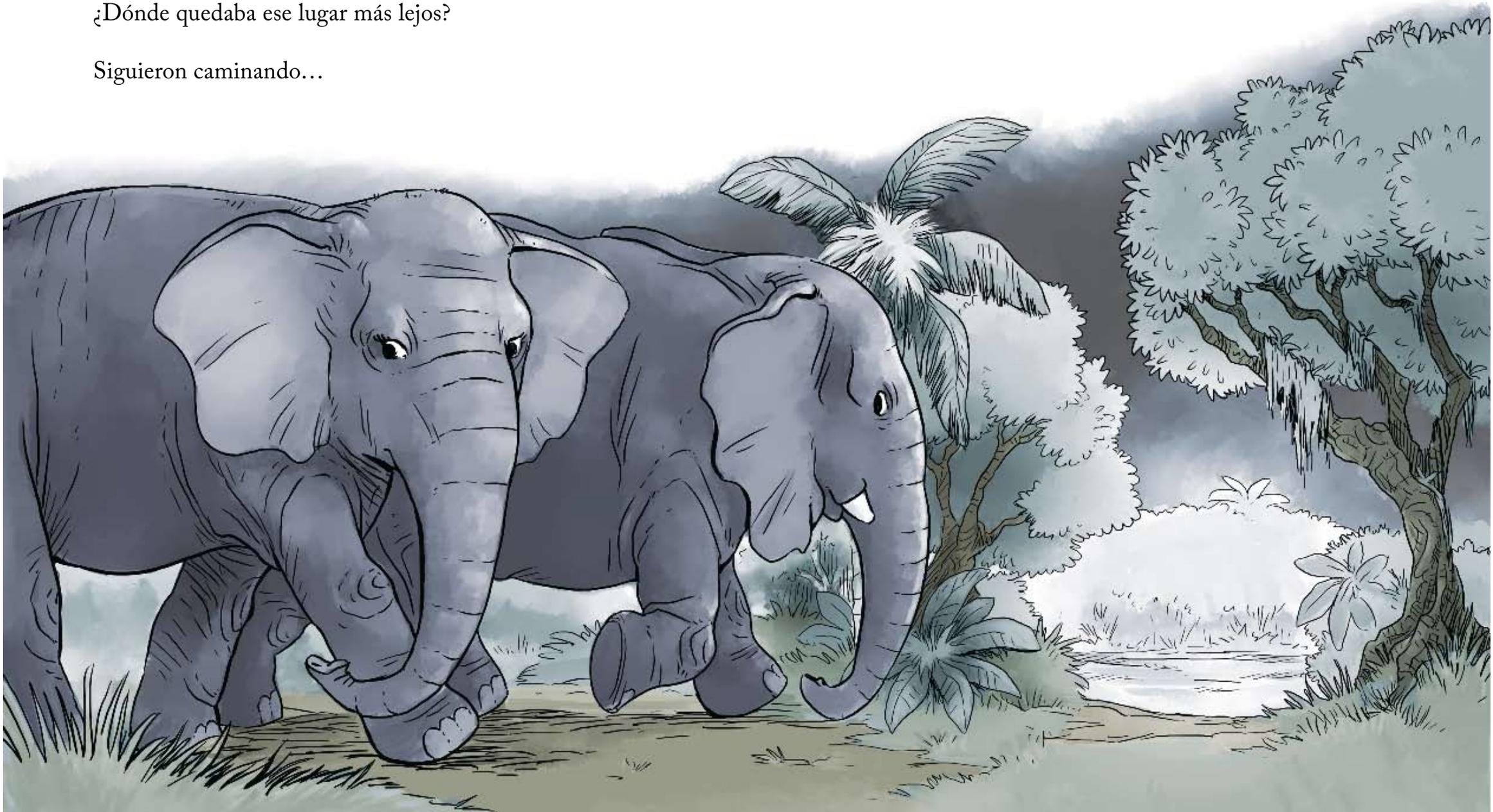
El agua comenzó a caer y sentían que los lavaba y refrescaba, que les sacaba el recuerdo de las jaulas y de las cadenas y gritaron de nuevo. Hasta cansarse de gritar. Hasta que se acabó la lluvia. Eran nuevos elefantes.



Cada vez que escuchaban algún ruido se quedaban quietos. Sentían demasiado el olor de los hombres todavía. Tenían que llegar más lejos.

¿Dónde quedaba ese lugar más lejos?

Siguieron caminando...



Nadie sabe si fue el instinto y la inteligencia de los elefantes, o si fue simplemente el azar. Pero lo cierto es que se encaminaron hacia un lugar de monte impenetrable lejos de las ciudades y del hombre.

Y ahí se quedaron, en el monte chaqueño.

Nadie volvió a verlos nunca.

Nunca intentaron volver.



GUSTAVO ROLDÁN

Nació en Sáenz Peña, provincia del Chaco, Argentina, en 1935. Es Licenciado en Letras Modernas de la Universidad Nacional de Córdoba. Se desempeñó como periodista y docente. Dirigió las colecciones *El Pajarito Remendado*, *Libros del Malabarista*, *Los Morochitos*, *Los Fileteados* y *Libros del Monigote*, de Ediciones Colihue. Actualmente se dedica a la escritura, coordina talleres literarios, realiza talleres y encuentros con chicos en escuelas y bibliotecas de todo el país.

Escribió más de sesenta libros, entre ellos *El día de las tortugas*, *Historia de Pajarito Remendado*, *El carnaval de los sapos*, *Prohibido el elefante*, *Todos los juegos el juego*, *Dragón*, *La leyenda del bicho colorado*, *El camino de la hormiga*, *Pájaro de nueve colores*, *Cuentos con plumas y sin plumas*, *Como si el ruido pudiera molestar*, *El pájaro más pequeño*, *El vuelo del sapo*. Realizó, junto a Laura Devetach, una hermosa versión de *Las aventuras de Pinocho* y Gustavo Roldán hijo la ilustró.

Recibió, entre otras distinciones, los premios Periquillo (México, 1979), Konex (1994), Fondo Nacional de las Artes (1995), Libro Total (1999) y Pregonero de Honor a la trayectoria (2002).

“En un mundo donde se derrumban los valores, todavía –creo, quiero creer–, todavía quedan los libros como un baluarte de la dignidad. Un libro es una llave, es una puerta que puede abrirse, es una habitación donde se encuentra lo que no se debe saber; es un ámbito de conocimiento de la verdad y de lo prohibido, que deja marcas que después no se pueden borrar.”

Gustavo Roldán (Conferencia “La aventura de leer”)

